



CAPÍTULO IV

Lectura bíblico-teológica de la
figura de san José en el contexto
actual de la pandemia

Dra. Rebeca Cabrera Piñango

Licenciada en Bioanálisis de la Universidad Central de Venezuela, especialista en Teología y magíster en Teología Bíblica de la Universidad Católica Andrés Bello, y doctora en Mujer, Escrituras y Comunicación de la Universidad de Sevilla, España. Es docente de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, Venezuela, y Sociedad Bíblica Católica Internacional (Sobicain). Es coordinadora zonal de los Países Andinos para la Febiclac (Federación Bíblica Católica, Latinoamérica y el Caribe) para el periodo 2015-2022. Es autora de varios artículos y libros, entre ellos destacan: *Rostro oculto de la mujer en la Biblia (2012)* y *Reflexiones bíblicas para cada día sobre la misericordia (2015)*. También profesora invitada a la Universidad Católica de Cali y en la Academia Católica Mrs. Ellis en Aruba y Curazao. Además de científica, docente, investigadora y líder pastoral, lo que más la llena de orgullo son sus tres hijas y cuatro nietas.

Resumen

Propiciar un espacio académico para estudiar la figura de san José — frente a los grandes desafíos que entraña una pandemia— en el marco del 150° aniversario como patrono de la Iglesia, es una invitación a seguir sus huellas cuando sale a nuestro encuentro para ofrecernos patrocinio y protección. En su paternidad, se vislumbra la expresión de una paternidad mayor, la de Dios Padre, y en su figura, se presentan claves de lectura que permiten observarlo como una bendición para las familias que hoy atraviesan precariedad y amenazas. Ahí se observa la gracia de Dios que brota de su corazón de padre.

Palabras claves: paternidad, sueño, justo, esperanza, pandemia, corazón, familia.

DOI CAPÍTULO IV: [HTTPS://DOI.ORG/10.31908/EUCP.59.C601](https://doi.org/10.31908/EUCP.59.C601)

Para citar este capítulo: Cabrera, R (2021). Lectura bíblico-teológica de la figura de san José en el contexto actual de la pandemia. En Mayor Tamayo, Jhon Fredy (Ed.), *San José, el amigo de Dios que tiene un corazón de padre* (pp. 71 – 94). Editorial Universidad Católica de Pereira.

Introducción

De san José no se habla mucho en el Nuevo Testamento; no es hombre de palabras sino de acciones, silencios y sueños. Nos legó su ejemplo de hombre noble, justo, esposo, padre y trabajador. Nuestra reflexión busca exponer de qué forma la figura de san José ilumina a la familia actual y, sobre todo, a la figura del padre, tan cuestionada en nuestra sociedad. Debemos preguntarnos qué tiene para decirnos hoy a los cristianos en un contexto de angustias y dificultades, ante una pandemia que, como caballo de Troya, llegó para trastornar nuestras vidas, y ha causado una sensación de permanente zozobra e incertidumbre, donde las familias son las más afectadas.

Así, entender la realidad de la familia latinoamericana comienza por reconocer que vivimos en un mundo convulsionado por la violencia e injusticia, pero con una acentuada búsqueda de encuentro y solidaridad. Barreras y murallas, hace poco infranqueables, van cayendo rápidamente, y las personas se encuentran despojadas de máscaras y se muestran como habitantes solidarios de un planeta que se ofrece para nuestra exploración y servicio.

En la Sagrada Familia se alimenta una visión humana y esperanzadora de la vida. Esta perspectiva se abre hoy a las familias, más allá de sí mismas, en sus diferentes formas, para que surja “la familia-escuela, la familia-humanidad, la familia-empresa, la familia-comunidad, la familia-tierra, trampolines hacia la familia-Trinidad” (Boff, 2007, p. 170).

Nos proponemos, en este modesto aporte, recorrer la figura de san José para descubrir su relación con el Padre Celestial, con el Hijo y con María, sagrario en el que el Espíritu Santo plantó la semilla del verbo. ¿Qué mensaje encierra el silencio de José?, ¿de qué forma nos ayuda a entender más a Dios? Transitemos el camino para descubrirlo.

El evangelio de san José

En el contexto de la actual pandemia, contexto del que la Iglesia no puede escapar si quiere mantenerse fiel a su misión evangelizadora, el papa Francisco nos ha obsequiado una carta apostólica dedicada a san José, llamada *Patris corde*, en el marco del 150° aniversario de su proclamación como patrono de la Iglesia. Esta carta ha multiplicado el interés de los cristianos por conocer más al santo, más allá de la piedad popular.

Sabemos que de san José no se ha conservado palabra alguna, pero nos legó mucho: sus sueños, su sabiduría en la toma de decisiones, la novedad de sus raíces bíblicas y su vigencia. Representa la palabra viva de Dios para nosotros, el custodio y padre de Jesús, el protector de María y un modelo de vida para la Iglesia.

En medio de una sociedad marcada por la cultura de la muerte, que promulga el fallecimiento de Dios y de la familia cristiana, la figura de san José se alza como un gigante que nos obliga a comparar su familia con las nuestras.

No se trata de seguir teniendo un retrato desfigurado de la Sagrada Familia y asumir una “imagen ideal”: san José carpintero, con barba y una vara de nardo en la mano, la virgen María, dedicada a sus labores, y el niño, aprendiendo de su padre. Todo parece idílico, pero la familia de Jesús, al igual que las nuestras, tuvo sus problemas.

Apenas comprometidos, José se da cuenta del embarazo de María antes de haber vivido juntos (Mt 1,18). Resolver este conflicto no fue sencillo; supuso diálogo, discernimiento y oración. Luego Jesús nace en Belén, y

José y María pasan dificultades por el hospedaje. Al cumplirse el octavo día de su nacimiento, fue preciso, según la ley, circuncidarlo. Llevan el niño al templo y deben oír a un hombre de Dios hablar de su destino (Lc 2,35). Además, sufrieron persecución política, exilio y migración a un país extranjero (Mt 2,13-15). A la postre, no pueden regresar a Belén, sino a un pueblo desconocido de Galilea. Luego, Jesús se extravía de sus padres por tres días (Lc 2,41-51).

Podemos imaginar, entonces, a una familia como las nuestras. Con estas premisas, el Evangelio nos da una pauta: la familia ideal no está exenta de conflictos: es aquella que escucha, acoge y vive la palabra de Dios.

La novedad de las raíces bíblicas de san José la encontramos en otro personaje del Antiguo Testamento que lleva su nombre: José, el hijo de Jacob, quien también tuvo un rol salvífico a favor de su pueblo, en contraste con el José del Nuevo Testamento, quien hizo posible la salvación, no como salvador, sino asumiendo la imagen perfecta del Padre Celestial: “El rostro donde Jesús puso reflejarse, el hombre que moró con él con paterno afecto” (Papa Pío IX, 1870).

Dios le habla a los dos José en sueños, el soñador en la Biblia está en el corazón de su sueño, porque este combina imágenes de afectividad: un signo de Dios en él y un signo de él a Dios. Además, el soñador está también en el corazón de una historia porque forma parte de un conjunto imaginativo, algo así como una escena de un drama en varios actos, como son los casos de José, en Génesis, y de san José, en el Nuevo Testamento.

Al estudiar los sueños de José, una constante es que el evangelista Mateo los vincula a las antiguas profecías, y “aun cuando las citas ejercen función de comentario, en ellas se percibe la intencionalidad del autor” (Hendrickx, 1986 p. 22) y el hilo conductor del relato. Entonces podemos establecer en los sueños de José una estructura concéntrica, en cinco escenas y citas de reflexión, que tienen su concordancia en el Antiguo Testamento:

Introducción: genealogías

- A. Primer sueño de José.** Angustia por el embarazo (Mt 1,18-22, Is 7,14)
- B. Segundo sueño.** La huida, obedecer sin cuestionar (Mt 2,13-15, Os 11,1)
- B' Tercer sueño.** La espera en confianza (Mt 2,19-21, Jr 31,15)
- A' Cuarto sueño.** Sumisión y angustia por el regreso (Mt 2,22-23, Is 4,3)

Una visión de conjunto de los dos primeros capítulos de Mateo pareciera disponer los hechos para responder la pregunta ¿quién es Jesús? Es Mesías, hijo de David y Abraham, Salvador del pueblo. Es Emmanuel, Nazareno y Betlemita.

Me sumo a lo expresado por Gómez Fernández (2016, pp. 216-217), al centrar en cuatro los temas de la reflexión del evangelista:

La **convivencia**: aparece tres veces, al principio (antes de que conviviesen), en el medio (acoger a María como esposa) y al final (acogió a su mujer).

La **virginidad**: dos veces, al comienzo (cuando se expresa su maternidad por obra del Espíritu Santo) y en el primer sueño de José (lo engendrado en ella es obra del Espíritu Santo).

La **maternidad**: tres veces, con el mensaje del ángel (dará a luz un hijo), otra en la cita bíblica (y dará a luz un hijo) y al final (dio a luz a un hijo).

La **paternidad**: dos veces, en el mensaje del ángel (y tú le pondrás por nombre Jesús) y al final (le puso por nombre Jesús).

Varios planteamientos podemos esbozar a partir de allí. Las genealogías de Mateo nos recuerdan que lo llaman *hijo de David*, con la conciencia lúcida de la estirpe mesiánica a la que pertenece. Hoy día se hace necesario que todo niño sepa de dónde viene y quiénes son sus padres.

En el primer sueño, se aparece un ángel que involucra a san José en el misterio de Dios, en un relato que une tres elementos: concepción, alumbramiento y nombre. De él se dice que era un hombre “justo”. Ahora, ¿qué significa ser justo? De acuerdo con el significado griego, *dikaiós* es aquel que busca cumplir de modo estricto la ley de Moisés. También se le dice *justo* al de buen corazón, él es “compendio de todas las virtudes” (Gasnier, 1980, p. 18). Pero *justo* es también quien respeta la voluntad de Dios. Por ley, san José está obligado a denunciar a María, repudiarla y a no encubrir, con su nombre, a un niño cuyo padre ignora; pero, convencido de la virtud de María, se niega a cumplir el riguroso procedimiento (Dt 23,22 y ss.) y decide apartarse de María.

El papa Juan Pablo II da voz a esta interpretación en *Custodio del Redentor* (1989): “Aunque decidido a retirarse para no obstaculizar el plan de Dios que se estaba realizando en ella, él, por expresa orden del ángel, la retiene consigo y respeta su pertenencia exclusiva a Dios”. Se sentía perplejo ante la doble imposibilidad de conservar a María y de condenarla. Su lealtad le prohibía seguirla teniendo por esposa y exponerla a la vergüenza pública (Gasnier, 1980, p.70). Podemos imaginar que no fue fácil para san José descartar la descendencia, a través del lenguaje masculino para la condición de Jesús, pues cuestiona la concepción judía de paternidad que había sido definida a través del lenguaje masculino; con ello entra en crisis la propia identidad masculina que deberá ser redefinida (Lima Vasconcellos, 1997).

Un dato importante es que el encuentro con el ángel inicia con un “no temas acoger”. El “no temas” está siempre presente en las teofanías del Antiguo Testamento. La garantía de lo revelado está en el Espíritu Santo: José se convertirá en el padre del hijo de María. Su matrimonio fue artesanía pura, salida de las manos de Dios (Gómez Fernández, 2016); “lo que se propone a José es una comprensión de Dios de una justicia que sea inclusiva para superar las leyes que ayudan a excluir” (Lima Vasconcellos, 1997, p.39).

En el segundo sueño, se pone en evidencia la solidaridad de la Sagrada Familia con todos los desplazados y migrantes de nuestra época. La emigración ha sido una realidad a través de la historia, pero la enorme

cantidad de personas que emigran hoy no tiene precedentes; muchos lo hacen por persecuciones, otros, buscando mejores condiciones de vida. El relato de Mateo nos ofrece la fe de un padre que no duda en hacer lo que sea necesario para poner su familia a salvo.

El tercer sueño conserva un paralelismo asombroso con el de Ex 4,19-23: “Después de la muerte del faraón, dijo Dios a Moisés: vuelve a Egipto, pues murieron quienes tramaban contra la vida del niño” (Biblia de Jerusalén, 2018). El destino del nuevo Moisés repite al primero. La teología de Mateo supo explotar al máximo la figura de José para garantizar el carácter mesiánico de Jesús e insertarlo en la familia; de otro modo, no pasaría de ser un mito religioso transcultural de encarnación de alguna divinidad. De hecho, el papa Francisco afirma:

A través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto... José nos muestra que Dios puede actuar incluso a través de nuestros miedos, fragilidades y debilidad. Y nos enseña a que, en medio de las tormentas de la vida, hay que ceder a Dios el timón de nuestra barca. (2020b)

Mateo piensa en Belén como el lugar donde reside permanentemente José; tanto es así que se esfuerza en explicar cómo acaban viviendo en Nazaret. Su esquema da un largo rodeo para ir a Nazaret desde Belén. José tiene miedo de volver a Judea porque Arquelao reinaba en lugar de su padre y decide ir a Galilea. Esto no deja de ser curioso porque allí gobernaba Antipas, también hijo de Herodes. El cuarto sueño muestra así la presteza y sabiduría de José al decidir radicarse en Nazaret. También, cuando se hizo nazareno, puso las condiciones para que Dios se encarnara en una situación de abajamiento (Flp 2,6 y ss.).

La figura de José se presenta en la penumbra y el anonimato, pero el papel y la obra de un padre, en casa presente y actuante, son la garantía de unos hijos que puedan enfrentar la vida con valentía y libertad. No se trata de hablar mucho, sino de actuar en el momento preciso. Siguiendo a san José, analizándolo a la luz de hoy, sin moralismos ni pietismos, podemos

presentarlo como una figura ejemplar. Seguir sus pasos podría hacer de nuestro hogar una iglesia doméstica más robusta, es dar razón de nuestra esperanza, ante una pandemia que amenaza con coronarse en el mundo, e implica leer los signos del tiempo que estamos viviendo, y recordar que la única corona la tiene nuestro señor Jesucristo.

San José en la historia de la Iglesia

Si bien no se habla mucho de san José en los Evangelios, desde los primeros tiempos del cristianismo ocupó un papel importante en la devoción cristiana, dada su vinculación con el misterio de Cristo en el orden de la historia de la salvación. Su culto fue discreto pero creciente. No se deja de reconocer que probablemente las polémicas sobre la virginidad de María y su maternidad divina pueden haber eclipsado un poco su figura.

Si bien no hay un tratado o estudio de los padres de la Iglesia que se refiera a san José, generalmente, es vinculado a Jesús y a María en el marco de la encarnación; pero ofrecen algunos elementos interesantes: su matrimonio con María, su relación con Jesús como padre, la virginidad de José y la actitud del pueblo cristiano hacia él (Simeón de la Sagrada Familia, 1972, p. 442).

Para san Jerónimo, san José fue un artesano del verbo, mientras que san Agustín destaca su genealogía. Ambos tienen, como punto focal de su teología, su papel en la historia de la salvación. De hecho, en la mención de las genealogías evangélicas, esbozan algunas ideas que tratan de explicar la doble genealogía en virtud de la ley del levirato, con lo que aseveran, por tanto, una paternidad adoptiva (Simeón de la Sagrada Familia, 1972, p. 448).

Otros escritos patrísticos hablan de la duda de José ante el embarazo, el tiempo de cohabitación, la unión peculiar entre ellos y la conveniencia del matrimonio —para asegurar la línea davídica y evitar que María fuese tratada como adúltera—; pero, sobre todo, hacen énfasis en la castidad conyugal e insisten en una paternidad real, virginal por su origen, con

vínculos jurídicos y ministeriales (Moronta, 2021). Podríamos admitir también, como gran parte de la tradición, que José había hecho, a su vez, un voto de virginidad, y que al contraer matrimonio no hizo más que seguir una costumbre que tenía casi fuerza de ley (Gasnier, 1980).

Efrén de Nisibi, Ambrosio y Orígenes hablan de José como padre de Jesús. De hecho, Orígenes, en su homilía del Evangelio de Lucas, recomienda a los hijos ser sumisos con los padres, como lo fue Jesús con José (Moronta, 2021). No podemos olvidar el aporte de los evangelios apócrifos, que imaginaron una serie de leyendas sobre los esponsales de María. Estas ficciones han encontrado un crédito tal, a lo largo de los siglos, que deben ser mencionadas, pues se convirtieron en tradiciones populares, y señalan algunos aspectos propios de la devoción de san José: su huida a Egipto, su viudez al casarse con María, los hermanos de Jesús y su muerte temprana. Incluso historiadores paganos, como Tácito y Suetonio, se sintieron obligados a mencionarlo en sus obras (Gasnier, 1980).

Ahora bien, la devoción a san José aparece por primera vez vinculada a Arnulfo, obispo de Galia, en el siglo VII, y se hace memoria de fiestas en su honor en el Menologio de Basilio II, que conmemoraba a san José con los reyes magos cada 25 de diciembre. La celebración, el 19 de marzo, es mencionada en el *Códice de Bruselas* durante el siglo XIII (Moronta, 2021).

Además, la devoción a san José, durante la historia de la evangelización en América Latina, fue muy importante en el devenir de la inculturación del Evangelio, y alcanzó gran aceptación entre el pueblo, incluso en la iconografía, al adquirir un carácter popular. Las cofradías son prueba de esto. Todo lo anterior fue sentando las bases para una futura teología de san José.

Por otro lado, en la liturgia, hacia los siglos XIV-XV, comienza a desarrollar el culto al santo. Fue el papa Sixto IV quien lo establece cada 19 de marzo. Posteriormente, la fecha fue fiesta de precepto por el papa Gregorio XV (1621). Sin embargo, es a partir de Pío IX cuando comienza el movimiento josefino:

- Papa Pío IX (1870). Decreto *Quemadmodum Deus* que proclama a san José como patrono de la Iglesia Universal con estas palabras: “Un corazón capaz de amar a Dios como un hijo y a la Madre de Dios como esposa es capaz de abarcar en su amor y tomar bajo su protección a la Iglesia entera, de la cual es Jesús su cabeza, y María es madre” (Pío IX, 1870).
- Papa Pío IX (1871). Carta apostólica *Inchyllum patriarcham* en la que le concede a san José las prerrogativas litúrgicas de los patriarcas y su derecho a un culto específico.
- Papa León XIII (1880). Carta encíclica *Quamquam pluries* en la que se diserta acerca de la devoción y ensalza a san José como padre de familia y trabajador.
- Papa Pío X (1908). Tratado sobre el culto a san José. En 1914, Pío X dio su aprobación para letanías en su honor e invitó a los fieles a honrarlo cada miércoles.
- Papa Benedicto XV (1920). Carta encíclica *Bonum sane*, en conmemoración por los 50 años de la proclamación de san José como patrono de la Iglesia, e introdujo el “Prefacio propio de san José”, y enfatizó en la fiesta de la Sagrada Familia: “Él se dedicó con gran amor y solicitud a proteger a su esposa y al Divino niño” (papa Benedicto XV, 1920).
- Papa Pío XII (1955). El sumo pontífice trasladó la fiesta del patrocinio de José al 1.º de mayo con el título de “San José obrero”.
- Papa Juan XXIII (1961). Carta apostólica *Le voci* en la que trata sobre la devoción que introdujo el canon romano. El sumo pontífice lo decretó, además, como patrono y custodio del Concilio Vaticano II.
- Papa Juan Pablo II (1988). Exhortación apostólica *Redemptoris custos* en la que se aborda la misión de san José en la vida de Jesús y en la Iglesia.
- Papa Francisco (2020). Carta apostólica *Patris corde*, con motivo al 150º aniversario de su proclamación, y menciona a san José como “esposo de María” en las plegarias eucarísticas (Moronta, 2021, p. 25).

San José desde la reflexión teológica

La figura de san José no se reduce a devociones piadosas; su paternidad, en relación con Jesucristo, es el norte del que parte una reflexión teológica sobre él. Es padre por elección divina y, al igual que María, acepta esa responsabilidad; permite a Jesús, por un lado, integrar el linaje de David, y por otro, darle su nombre. Al respecto, asumimos las palabras de Gasnier:

José, de una manera precisa, representa, si se puede decir así, un caso único en la historia de la paternidad, que requiere un título nuevo, adaptado a la función ejercida. Recordemos, de entrada, que la generación humana de Jesús en la genealogía que nos dan los Evangelios es la de José. El hecho merece ser subrayado. No dudemos en repetir la expresión tomada de san Juan Crisóstomo: “Dios ha dado a José todo lo que pertenece a un padre, sin detrimento de la virginidad”. Dicho de otra manera: José no tuvo ninguna participación en el nacimiento natural de Jesús, pero exceptuando eso, su paternidad implica todos los privilegios, todos los deberes, todos los derechos que normalmente tiene en el hogar un padre de familia, de tal forma que el título que le conviene mejor es el de padre virginal de Jesús. (1980, p.135)

El hecho de no haber dejado palabra, de recibir mensajes en sueños y ser la figura silenciosa del Nuevo Testamento, no carece de sentido, pues “san José está relacionado con dos personas divinas, con el Espíritu Santo, que cubrió con su sombra a María, y con el Hijo, que plantó su tienda entre nosotros (Jn 1,14)” (Boff, 2007, p. 27). De hecho, Llamera nos ofrece algunas nociones teológicas: “Dos son los principios en los que se apoya su reflexión sobre san José: su unión con María por el matrimonio y su ministerio paternal acerca de Jesús” (Llamera, 1953, p. 9).

Desde la perspectiva de Boff, podemos afirmar que José, por su relación con las dos personas divinas, establece con ellos una relación hipostática, “por lo que comienza a pertenecer al mismo orden que es propio de las personas divinas. Sin José no hay encarnación concreta tal como atestiguan

los Evangelios” (Boff, 2007, p. 27). Esta noción del ministerio de san José en el orden hipostático fue esbozada por vez primera por el teólogo Francisco Suarez (+1617). De esta manera, san José “no solo puede verse desde su lado humano, sino también desde su lado divino, en función de su relación con la Segunda Persona de la Trinidad que se encarnó en Jesús” (Boff, 2007, p. 29). Y agrega:

Toda la Trinidad asumió la condición humana y mora entre nosotros. La Trinidad celeste del Padre, Hijo y Espíritu Santo se hizo Trinidad terrestre en José, Jesús y María, familia divina que como tal se personifica en la familia humana de Jesús, María y José. (p. 31)

Al ser patrono de la Iglesia, lo eclesiológico se convierte en extensión de lo cristológico y se proyecta a toda la humanidad. Al aceptar la revelación, cumple la voluntad de Dios y hace posible que el hijo de David y de Abraham, como Mesías, dé un carácter universal a su misión.

También en san José podemos contemplar la dimensión trinitaria, padre en el Espíritu y guardián del Arca. Él, con María, “será el terno o la bisagra que permitirá el enlace entre la antigua y la nueva alianza con el cumplimiento de la tarea de paternidad que ha recibido” (Moronta, 2021, p. 94). Fueron dos almas vírgenes que se prometían fidelidad (Gasnier, 1980).

En el “no temas” del ángel se encierra la actitud de José, quien toma conciencia de la responsabilidad de su experiencia como padre del Mesías, y lo cumple con fe y decisión. Con su “sí” se da el milagro que comienza la historia de la redención. Es el “padre nutricio” (Moronta, 2021) que muestra cómo Dios está a favor de los suyos y cómo “a pesar de la arrogancia y la violencia de los gobernantes terrenales, Dios siempre encuentra un camino para cumplir su plan de salvación” (papa Francisco, 2020a), el Hijo de Dios iba a hacerse presente entre los hombres, pero su venida no iba a ser ni repentina ni deslumbrante. Aparecería despojado de toda majestad y entraría en el mundo de forma humilde y discreta. Una vida

oculta iba a preceder a su vida pública (Gasnier, 1980, p.43) y, en esa vida oculta, el papel de José sería fundamental.

Su paternidad no es real en el sentido genético, pero sí muy real en lo legal. Como padre, le enseñó a Jesús un oficio y supo ser testigo de santidad; aceptó, en últimas, el desafío de convertirse en el padre del Mesías. Llamera habla de la paternidad de José mencionándola como “nueva, única y especial pues no procede de la generación según la naturaleza, antes, está fundada en un vínculo moral realísimo” (1953, p. 192). Pero por sublime que fuera la tarea que Dios confió a José, “lo que esperaba de él en primer lugar era su abnegación. Cada vez que Dios llama, sus exigencias implican la obligación de vaciarse moralmente de sí mismo” (Gasnier, 1980, p. 48). El Espíritu Santo llamó a José y le concedió la gracia de ser el esposo de la Virgen y el padre adoptivo del Hijo del Padre Celestial, y cumplió con este impresionante servicio (Miller, 2010).

La genealogía mateana expresa esta idea en forma singular. De hecho, mientras Lucas la ofrece desde María, Mateo lo hace desde José, quien “al igual que Abraham supo esperar contra toda esperanza y conocer los frutos del misterio que guardaba en su corazón y cuya fuerza, venida de Dios le impulso a ser padre custodio de la Sagrada Familia” (Moronta, 2021, p. 95).

El evangelista Marcos habla mucho del secreto mesiánico. En el caso de san José, la experiencia de fe en el misterio revelado por el ángel a José, lo hace merecedor de un *secreto mesiánico* que comparte con María y que se revela en la pascua. Mateo no aclara si José conoció el embarazo por boca de María o por el anuncio del ángel, pero la invitación a la confianza y el ser un hombre justo “le lleva a conocer un misterio que se convertiría en secreto” (Moronta, 2021, p. 110). Es probable que ese secreto se vincule al silencio con el que conocemos a José, un hombre de pocas palabras, pero con una fe decidida “es un silencio persistente que no contempla quejas, sino gestos concretos de confianza” (papa Francisco, 2020a).

Por el encargo recibido y el amor con que lo llevó a término, es reconocido como “custodio del redentor” (tal como lo señala san Juan Pablo II) y, como

tal, participa en el misterio de la encarnación, un misterio compartido con María. Tanto la liturgia como el Magisterio eclesial destacan esta custodia. De dicha experiencia y protección podemos colegir su relación con la redención del Salvador, pues “vive anticipadamente el drama de la pasión y acepta la parte que le corresponde en él” (Llamera, 1953, p. 165). Su llegada a Belén y la imposibilidad de hospedaje lo obligó a improvisar un lugar donde, probablemente, tuvo que ayudar a María en el momento del parto, al igual que en la presentación del niño en el templo para circuncidarlo y ponerle el nombre. Este hecho y la ofrenda de dos tórtolas para cumplir el deber de rescate del primogénito es un acto de amor. También supo actuar sin titubeos al presentir peligro para el niño y su madre.

En la Exhortación apostólica *Custodio del Redentor* (1989) san Juan Pablo II lo asume como ministro, maestro singular, y servidor a la economía de la salvación. También es importante recordarlo como ejemplo de hombre trabajador, carpintero y artesano. Con esto, reconocemos la importancia del trabajo honrado y su importancia social, evocando los relatos genésicos que le dan al ser humano la misión de cooperar en la obra creadora. De san José aprendió Jesús “lo que significa comer el fruto del propio trabajo” (papa Francisco, 2020a).

Claves para vivir la paternidad de san José en tiempos de pandemia

Siempre se ha aprovechado la figura de san José para abordar el tema de la familia, en general, y de la paternidad, en particular, donde prevalece lo piadoso. Se ha olvidado que su papel, en la vida de Jesús y María, representa la personificación del Padre Celestial. Pero ¿son los padres de familia hoy ejemplo de nuestro Padre en los cielos?

La familia de Nazaret tenía tres miembros diferentes: María es esclava del Señor; José, el padre amoroso y proveedor; y Jesús, la encarnación del Verbo. “María habla y medita, guardando las cosas en su corazón, Jesús habla y hace milagros, José calla y se limita a soñar. ¿Cómo articular esas diferencias dentro de una misma familia?” (Boff, 2007, p. 34). ¿Cómo

puede servir de modelo para las familias de hoy?, ¿qué hubiese hecho José ante la pandemia que estamos viviendo?

El papa Francisco, ante la pandemia, nos señaló el viernes 27 de marzo de 2020, en su oración *Urbi et Orbi*, la situación dramática en la que nos encontramos los seres humanos:

Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. (2020b)

La espiritualidad cristiana se fortalece con la oración, los sacramentos, el ejemplo de los santos, la contemplación y la convicción de que somos morada del Espíritu. La devoción a san José y su ejemplo nos puede conducir a una gran vida interior en el espíritu, tan necesaria en estos tiempos de pandemia, pues “luego de María, José es el más excelente y poderoso de los patrocinios existentes” (Llamera, 1953, p. 313). Fue el padre amoroso y protector que todo hijo quisiera tener. Miller hace referencia a santo Tomás de Aquino para evocar la importancia de la figura del padre en el seno familiar, “instruir, defender y perfeccionar tanto en lo interior como en lo exterior” (Miller, 2010, p. 24).

José tiene el valor de actuar contra el sentir común de la gente cuando lleva a María a su casa y asume las funciones de padre. Hoy, cuando en nuestro continente la paternidad irresponsable es una constante, su figura se alza con renovada actualidad para la Iglesia que “lo invoca como protector con un profundo deseo de hacer florecer su terrena existencia con genuinas virtudes evangélicas, como resplandecen en él” (papa Juan Pablo II, 1989).

En nuestra cultura se hace difícil entender a la familia de Nazaret; hay un empobrecimiento del erotismo que ha reducido el amor a la genitalidad y la sexualidad como formas de expresión. Hoy la maternidad se ha transformado en un antivivor y, ante un embarazo no deseado, se recurre al aborto que, dentro de nuestra sociedad, va en camino a convertirse en un derecho humano. Y con las técnicas de maternidad asistida y los bancos de semen, prevalecen los bebés a la carta, lo que deja de lado el valor de las genealogías. En un mundo dominado por el hedonismo y la pornografía, la virginidad en el matrimonio es algo impensable; hoy los derechos sexuales son elevados a ley. Por otro lado, en tiempos de pandemia ha tomado auge la ideología de género, donde se desdibujan los roles del hombre y la mujer, lo que incide en los roles de padre y madre.

José es contracultural: no pone en duda la virtud de María y entabla con ella una relación distinta en una sociedad en la que la mujer estaba siempre bajo sospecha. Su relación fue de respeto mutuo y de espera contra todo prejuicio. José tiene el valor de actuar contra el sentir común de la gente al llevar a María a su casa, al asumir las funciones de padre.

En nuestro continente, el padre se desdibuja, no es una figura fuerte, sino que pasa a un segundo plano en el hogar; contrasta así con José, cuya figura es discreta pero eficiente, y se alza con renovada actualidad para la Iglesia de nuestro tiempo. San José es:

Modelo de masculinidad casta para las mujeres lastimadas en sus relaciones con los hombres, el custodio especial de las mujeres que se han consagrado al amor sponsal de Cristo, y el modelo de masculinidad para los sacerdotes que tienen la misión de custodiar y proteger a la Iglesia, esposa de Cristo. (Miller, 2010, p. 28)

Esta pandemia ha permitido evidenciar a quienes solo piensan en sus intereses, aferrados a un egoísmo que les impide ver más allá de sí mismos. Pero también, y en gran medida, ha posibilitado constatar la grandeza de muchos seres humanos que han tratado de aportar soluciones, en los científicos que buscan una cura, en la sana preocupación de los gobernantes, en el incansable trabajo del personal de salud, en la conducta

solidaria de todos, en el crecimiento de la fe en casa y en el compromiso por los más necesitados. De esta manera, se han generado propuestas novedosas de evangelización en un tiempo tan peculiar como el presente y se han desarrollado iniciativas para incursionar en medios cibernéticos, destacándose un mayor protagonismo familiar. Una iglesia latinoamericana *visible* en el rostro femenino, en el silencio y el anonimato, porque, al igual que san José, son las mujeres quienes principalmente participan de forma activa en la formación del *alma cristiana* del continente, calladamente y soñando por un futuro provisorio.

Emulando a san José y a la Sagrada Familia nos corresponde acompañar, anunciar y testimoniar el encuentro permanente con el Señor, renovando la esperanza, apuntando a la naturaleza y misión de la iglesia, y recordando siempre las palabras del ángel que nos animan: “No teman”.

Con la pandemia no hay castigos, ni en las soluciones, milagros. Vivimos momentos donde el porvenir no se presenta como un tiempo de luz y es imposible evitar el impacto económico en los días por venir. Esto puede generar una sensación de impotencia permanente. Al final, cada uno deberá preguntarse sobre su papel en la reconfiguración de la familia ante un escenario que nos pide levantarnos de las pérdidas y asumir actitudes activas ante situaciones de injusticias, violencia y desigualdades, que ya estaban antes de la pandemia naturalizadas en nosotros.

San José tiene mucho que aportarnos en estos momentos si consideramos el papel tradicional de la familia, pues la pandemia ha dejado al descubierto las crisis internas, pues se han incrementado los feminicidios y suicidios en jóvenes y ancianos. Hay signos positivos, como una mayor conciencia de igualdad entre la mujer y el hombre en relación al empleo y a la responsabilidad social y política. Es común ver un mayor número de familias en las cuales el varón asume responsabilidades del hogar, con lo que abandona paulatinamente sus trincheras machistas de antaño.

Pero aún hay peligros. La suspensión de las actividades escolares y la obligación a permanecer en casa por la pandemia, el cambio de rutina, la

reclusión obligada, el estrés, el miedo causados por el virus y la incertidumbre por la pérdida de ingresos acrecienta la tensión y los conflictos en las familias. Estos últimos pueden, incluso, llegar a la agresividad y violencia doméstica, con lo que se convierte el hogar en un lugar inseguro. No debemos normalizar dicha violencia, sino empoderarnos e incentivar, en las relaciones humanas, el diálogo y no la dominación.

Ser familia es vocación; por ello, el problema es también teológico. La mayoría de los fieles vivimos en el anonimato, al igual que José. Seguir sus huellas, en medio de esta pandemia, es alimentar el crecimiento de la fe en casa y el compromiso de proteger a todos sus miembros. Es valorar el silencio y mirar hacia adentro, a las profundidades del Espíritu donde Dios nos espera; es la música callada y la soledad sonora.

Conclusión

Estamos viviendo una crisis sanitaria global que oscurece el presente y vislumbra un futuro incierto. No es fácil anunciar confianza en momentos como el presente; muchos han perdido la salud, el trabajo, la familia y la estabilidad emocional. Son tiempos contradictorios. Por una parte, pareciera que no hay salidas, por otra, la humanidad busca signos de esperanza en medio de las tormentas y da testimonio de profunda sensibilidad. Emular a san José —que fue capaz, sin algarabías ni escapes, de enfrentar las dificultades y ser hombre de esperanza, siempre dispuesto a salir adelante— es un gran ejemplo que seguir.

En su Carta apostólica el papa Francisco nos presenta varias imágenes de la persona y misión de José. Podemos condensarlas así: padre querido por el pueblo cristiano, padre tierno que refleja la ternura de Dios, padre obediente, padre que acoge sin condiciones, padre valiente en la toma de decisiones, padre trabajador y padre en el silencio.

Luego de haber hecho este recorrido por la figura de san José, consideramos que nuestro trabajo teológico ha vislumbrado las dimensiones del misterio que envuelve su retrato como personificación del Padre, sin disminuir el

anonimato de su vida y actuación. En medio de las fragilidades familiares de nuestra época, debe rescatarse su imagen, porque nos ayuda a entender nuestras debilidades y la necesidad de la gracia para dejarnos conducir por los caminos del Señor.

El testimonio de su fe, amor y esperanza deben ser escuela para cada cristiano que busque sembrar un reino de justicia, paz y libertad: “José no sólo es la sombra del Padre; es la personificación del Padre, del cual es sombra” (Boff, 2007, p. 127). Si Jesús, en su predicación, nos trasmite la experiencia del *abba*, es porque la vivió previamente con su padre José.

José supo ser padre espiritual, opuesto al padre carnal, padre davídico, insertándolo en su linaje, padre legal y adoptivo, padre nutricio, funcional y padre mesiánico. Todas estas características son ejemplo para los padres de hoy. Ser justos, en nuestros días, implica la lucha por reconocer el derecho a la vida, en abundancia, de todos en la familia y en la sociedad.

José, al ser padre y esposo en salida, fue un auténtico misionero, testigo de la salvación y padre de la contemplación, un hombre que, al igual que Juan Bautista, cede su protagonismo a Jesús y a María. El círculo se cierra, toda la Trinidad asumió nuestra condición humana y mora entre nosotros. La Trinidad celeste del Padre, Hijo y Espíritu Santo se hizo Trinidad terrestre en Jesús, María y José. Con él, manifestamos nuestra identidad y comunión con Dios, imitándolo e inspirándonos en el ejercicio de la paternidad; tenemos las herramientas para ello al estar revestidos en Cristo, para ser capaces de contemplar en él la paternidad que nos viene de Dios.

Que san José interceda ante el Padre y su Hijo, para que tengamos siempre la valentía de defender el don inestimable de la vida humana.

Finalizamos con las siete invocaciones a san José, fruto de la Carta apostólica *Patris corde*:

Custodio del Redentor
Servidor de Cristo
Ministro de salud
Apoyo en las dificultades
Patrón de los exiliados
Patrono de los afligidos
Patrón de los pobres

Referencias

- Biblia de Jerusalén. (2018). <https://www.edescler.com/biblia-online>
- Boff, L. (2007). *San José. Padre de Jesús en una sociedad sin padre*. Sal Terrae.
- Gasnier, M. (1980). *Los silencios de José*. Ediciones Palabra.
- Gómez Fernández, A. (2016). *Tras las huellas de José*. BAC.
- Hendrickx, H. (1986). *Los relatos de la infancia*. BAC.
- Lima Vasconcellos, P. (1997). Una gravidez sospechosa. El mesianismo y la hermenéutica. *Revista Ribla*, 27, 28-46. <https://www.centrobiblicoquito.org/images/ribla/27.pdf>
- Llamera, B. (1953). *Teología de san José*. BAC.
- Miller, F. (2010). *San José, nuestro maestro en la fe*. Servicio de información católica.
- Moronta, M. (2021). *José... con corazón de padre*. San Pablo.

Papa Benedicto XV. (1920). Carta encíclica *Bonum Sane*. https://www.vatican.va/content/benedict-xv/la/motu_proprio/documents/hf_ben-xv_motu-proprio_19200725_bonum-sane.html

Papa Francisco. (2020a). Carta apostólica *Patris corde*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco-lettera-ap_20201208_patris-corde.html

Papa Francisco. (2020b). Bendición Urbi et orbi del 27 de marzo. https://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2020/documents/papa-francesco_20200327_omelia-epidemia.html

Papa Juan Pablo II. (1989). Exhortación apostólica *Custodio del Redentor*. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_15081989_redemptoris-custos.html

Papa Pio IX. (1870). Decreto de la sagrada congregación de los ritos. <http://www.traditio-op.org/santos/San%20Jose/Quemadmodum%20Deus,%20Pio%20IX.pdf>

Simeón de la Sagrada Familia. (1972). San José en los Padres de la Iglesia. *Ephemerides Carmeliticae*, 23 (2), 436-448. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5363694.pdf>

Otras fuentes consultadas

Biblioteca de Autores Cristianos. (1978). *Documentos del Vaticano II*. Edica.

Boff, L. (2003). *O Pai-Nosso*. Vozes.

Fernández, F., García Viana, F., Guijarro, S., Pastor, F., Pérez, F., ... Salvador, M. (1995). *Comentario al nuevo Testamento*. **Sígueme**.

León III. (1870). Carta encíclica *Quamquam Pluries*. https://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15081889_quamquam-pluries.html

Martelet, B. (1999). *José de Nazaret, el hombre de confianza*. BAC.

Martín Descalzo, J. (1989). *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*. Sígueme.

Meier, J. (1998). *Un judío marginal I*. Verbo Divino.

Pagola, J. (2008). *Jesús, aproximación histórica*. PPC.

Papa Juan XXIII. (1961). Carta Apostólica *Le voci*. https://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/apost_letters/1961/documents/hf_j-xxiii_apl_19610319_s-giuseppe.html